

facturas de algodón francesas y alemanas vienen libres de derecho á Inglaterra, mientras que las nuestras no pueden ir á los puertos franceses ó alemanes sin pagar altos derechos prohibitivos. Hemos perdido el monopolio del tráfico, que una vez impusimos, y no es fácil que podamos volverlo á recobrar alguna vez. Nuestro comercio de algodón pronto quedará reducido al consumo interior, y si los artículos no se hacen bien y barato, serán excluidos del uso por las fábricas francesas y americanas. Lo mismo sucederá con otro producto cualquiera.

El señor Holyoake habló con verdadero espíritu de equidad cuando censuró los errores de las ligas, y expresó su opinión — sin duda alguna, la de lo más escogido de las clases trabajadoras — respecto de la simpatía y sinceridad entre el patrón y el empleado. « Trayendo á mi memoria, dijo, catorce años de experiencia como hombre de trabajo, digo ahora que, si se me asegurara el salario de ocho horas de trabajo diario, que proporcionaran una competencia moderada antes que la fuerza de la vida fuese gastada, y si se me dejara en libertad de producir el mejor trabajo que yo pudiera, de modo que mi orgullo y gusto y carácter estuvieran en mi oficio, y tuviese cierta seguridad razonable de continuar en mi empleo mientras cumpliera de buena fe con mi obligación, preferiría ahora ese estado á cualquiera otro. Sería amigo del patrón; su reputación sería mi orgullo, sus intereses los míos. Tendría él el cuidado y la ganancia que es lo que honradamente pertenece de derecho al cuidado, y yo tendría la satisfacción y tiempo para aprender y estudiar. »

Esta nación, no hay duda, posee el mejor material del mundo. Tenemos hombres que están dispuestos á trabajar y que son competentes para el trabajo. Pero queremos buen trabajo, no trabajo de bribones. Tenemos huelgas por no recibir salarios bajos, pero no tenemos huelgas contra el hecho de producir mal trabajo. Lo que se necesita no son más horas, sino un trabajo mejor. Lo que está desacreditando las mercancías inglesas en todos los grandes mercados del mundo, es el trabajo malo y fraudulento. « El trabajo, vuelve á decir el señor

Holyoake, tiene poco placer, porque tiene poca elevación. Debiera serle imposible á los patronos poder encontrar hombres que quisieran hacer trabajo despreciable. Es una especie de crimen contra la honra de la industria, un fraude por conveniencia hecho contra el comprador. Nada pone de manifiesto tan claramente la condición de honor en las profesiones de artesanos, como el hecho de tener nosotros toda clase de uniones comerciales para el apoyo de un hombre que se niega á dar salarios bajos, pero ni una liga siquiera para ayudar á un hombre que se niega á hacer trabajos malos. » Si continúa un sistema semejante, todas las ciencias y escuelas de artes del mundo entero no podrán sostener á Inglaterra como gran nación comercial.

El mismo clamor nos llega de América. La verdad del proverbio : « No hay Dios al oeste del Missouri » es notoria en todas partes. El DOLLAR *todopoderoso* es la verdadera divinidad, y su educación es universal. Un diario de Sacramento dice que « los americanos forman un pueblo amante del dinero, y que sabe producirlo. No tiene ni reina, ni aristocracia que lo gobierne; su aristocracia es el dinero. La concupiscencia por la riqueza se sobrepone á cualquiera otra consideración. El fraude en los negocios es regla general en vez de ser la excepción. Envenenamos nuestros comestibles con adulteraciones. Hasta envenenamos nuestros medicamentos con substancias más baratas. Vendemos residuos (borra) por lana. Vendemos taracea por madera sólida. Construimos miserables sotechados con mal ladrillo y peor argamasa y madera verde, y los llamamos casas. Nos robamos y engañamos mutuamente á cada instante y en todo tráfico y negocio, y tan dedicados estamos á hacer dinero, que no tenemos ni siquiera tiempo para protestar, aunque no fuera más que contra los fraude más palpables, sino que nos consolamos siguiendo adelante trampeando y engañando á otros. Pagamos un crecidísimo precio por nuestra idiosincrasia nacional. Estamos destruyendo rápidamente nuestro sentimiento nacional de honradez é integridad. En aquellos países de nobles y esclavizados, que están gobernados

por monarcas, se arreglan para vivir mucho más barato y mejor que podemos hacerlo nosotros. El fraude suyo es considerado criminal, y el impostor es castigado severamente cuando es conocido y probado. Pero éstos son nebulosos países, que nada saben de libertad: no tienen *Cuatro de Julio*, ni *Wall Street*, ni aristocracias de bacalao ó de residuos. No reconocen que el hecho de tener derecho á su propia vida, á la libertad y á la prosecución de la felicidad (lo que significa dinero) autoriza á todo hombre para estafar á sus vecinos, y excluye la reparación del agravio. »

Es cosa singular, los americanos principian á creer que lo malo de la obra, y la mala voluntad para hacer buen trabajo, es, hasta cierto punto, producto del sistema de educación común. Todos están tan bien educados que se hallan más arriba de lo necesario para poder hacer trabajo manual. No hay aprendices americanos, ni sirvientes americanos. No hablamos sin estar bien apoyados y debidamente seguros, de lo que decimos.

Un escritor del *Scribner's Monthly*, dice que « los americanos hacen un Dios de su sistema de escuelas comunes. Es una traición hablar contra él. El hombre que expresa alguna duda sobre su valor, es considerado como enemigo de la educación.

Pero bien podemos abrir los ojos hacia el hecho de que el preparar á los hombres para la tarea de la vida, especialmente para ese trabajo que depende de la habilidad manual, es un estorbo y un mal. Sólo es mera instrucción superficial, enchapado y embutido. »

Dice el autor del artículo, que el antiguo sistema de aprendizaje ha caído completamente en desuso. Los muchachos están en la escuela y no pueden ser puestos de aprendices para un oficio cualquiera. De aquí que la mayor parte del trabajo mecánico sea hecho por extranjeros. El muchacho que ha ejercitado provechosamente el cultivo de su inteligencia, no gusta de la idea de ganarse la vida por el hábil uso de sus manos en el empleo común de la vida. No tiene agrado por el trabajo

corporal. Busca un empleo llevadero, ó trata de vivir de su ingenio<sup>1</sup>.

« Debajo de un castaño de extendidas ramas está situada la fragua de la aldea. »

Así dijo Longfellow. Pero allí ya no está la fragua de la aldea. Cuando fué al norte en busca de herreros el general Armstrong, del colegio para personas de color en Hampton, no encontró americanos que contratar. Todos los herreros eran irlandeses. Y en la próxima generación de irlandeses, cada muchacho estará tan bien educado que no querrá poner las manos en ningún trabajo manual. Para contener esta influencia creciente, declaró últimamente desde el púlpito en Nueva York, un sacerdote que tiene una numerosa familia, que se proponía que cada varón de su familia aprendiera un oficio mecánico, con el cual pudiese ganarse la vida, en caso necesario. Tanto el rico como el pobre debieran ser enseñados á trabajar, el rico hábilmente si fuese posible; porque es casi tan probable que quede pobre, como que alguno de los pobres se hagan ricos; y es una pobre educación aquella que no prepara á un hombre poder atender á sí mismo y á los suyos en la vida.

Últimamente nos hemos estado quejando de lo mal que está

1. Si se pregunta por qué no se hace un esfuerzo universal en favor del restablecimiento del sistema de aprendizaje, responderemos que hay un león muy feo en el camino. Un fabricante de pianos se quejaba que no podía obtener suficientes hombres que le hicieran su trabajo, siendo la causa de esto el hecho de pertenecer sus obreros á una sociedad que se habia encargado de reglamentar el número de aprendices que se le permitía instruir en negocio. Habitan limitado el número á uno, que era completamente insuficiente el para llenar los pedidos, y el patrón era impotente. Á él no le quedaba más camino abierto que la importación de operarios ya instruidos, de Europa. En pocas palabras, existe una conspiración entre los individuos de las sociedades en todo el país, para alejar á todo muchacho americano de los oficios útiles, y de ese modo está la educación industrial bajo el entredicho de un sistema denigrante que debiera ser suprimido por la mano vigorosa de la ley. Vese pues que mientras la escuela común desvía naturalmente todo de las ocupaciones manuales á las grandes multitudes de los que asisten á ella, aquellos que tienen inclinación para dedicarse á ellas no son libres de hacerlo, porque un ejército grande de hombres de sociedades están en el camino, dominando tanto á los patrones como á los empleados. » — *Scribner's Monthly Illustrated Magazine*, del mes de marzo de 1880.

el comercio; ¿pero mucho de ello no ha acaecido á consecuencia de nuestras faltas? En la aritmética del escritorio dos y dos no siempre son cuatro. ¡Á cuántas astucias no se recurre — en las que no toma parte la honradez — para hacer dinero más rápidamente que los demás! En vez de trabajar pacientemente y bien para ganar un modesto modo de vivir, muchos desean hacerse ricos de golpe. El espíritu de la época no es el de un comerciante, sino el de un jugador. La marcha es demasiado rápida para permitir á ninguno que se detenga á preguntar por aquellos que han caído en el camino. Se apuran; la carrera por la fortuna pertenece al más ligero. Su fe está en el dinero. No se necesita ser profeta para señalar la conexión de nuestro conflicto con el pecado del juego y del fraude comercial, y de la disipación y la vanidad sociales, de la dilatada desolación y miseria.

« Hijo mío, dijo un padre, vas á correr el mundo; puede ser que seas engañado, pero si tal cosa ha de acontecer, engaña mejor que dejarte engañar. » Otro dijo: « Haz dinero honradamente, si puedes; pero si no puedes, hazlo de todos modos. » Un tercero añadió: « La honradez es mejor que la picardía; he practicado las dos cosas. » Por supuesto que transcribimos estas frases como de completa oposición con la verdad y la honradez. Pero bien se puede poner en duda que prevalezcan los elevados principios de conducta en muchas de las clases comerciales en la vida. Un joven principia en los negocios. Progresa lentamente pero con seguridad. Sus ganancias son quizá pequeñas, pero se ha llegado á ellas equitativamente. « Un hombre recto abundará en prosperidad; pero aquel que se precipita para ser rico no será inocente; tiene una vista dañosa, y no reflexiona que la pobreza puede alcanzarlo. »

En las grandes ciudades comerciales se quedan asombrados del esplendor de los jefes del comercio. Se les supone enormemente ricos. Todas las puertas les están abiertas. Disponen de los más altos puestos de la sociedad. Dan bailes, reuniones y comidas. Sus casas están llenas de pinturas de los mejores artistas; sus bodegas llenas de vinos de las más selectas cose-

chas. Su conversación no es variada: generalmente tratan sobre vinos, caballos ó premios. Parece que navegan sobre el áureo mar de una gran fortuna acumulada.

Frecuentemente se dejan arrastrar los hombres de negocios por estos ejemplos, cuando son jóvenes. Si no tienen firmeza y valor, están expuestos á seguir en sus huellas. La primera especulación puede ser quizá una ganancia. La ganancia puede ser seguida por otra, y son arrastrados por el anhelo desordenado de la riqueza. Se vuelven poco escrupulosos y pierden toda prudencia. Sus letras están en todo el mercado para el descuento. Para conservar alto su crédito gastan más dinero en pinturas y hasta en obras de beneficencia. Antes, se apoderaban por la violencia de los bienes de los demás, los hombres insaciables é injustos. Hoy los obtienen por medio de quiebras fraudulentas. Antes, toda empresa era franca; hoy, todo es secreto, hasta que al fin llega el último acontecimiento, y todo queda descubierto. Quiebra el hombre; las letras no tienen valor, ninguno; se venden los cuadros, y el fallido huye para escapar á las maldiciones de sus acreedores.

¿En una quiebra, estaban anotadas en las cuentas más de £ 39,000 como gasto á favor de asilos y obras de beneficencia! « Tengo el testimonio del tenedor de libros, dijo un orador en una reunión de acreedores, para poder asegurar que durante cuatro ó cinco años esta firma ha estado comprando mercancías en inmensa cantidad, é inundando los mercados de Oriente, cuando ya era irremediamente insolvente, haciendo un tráfico, ó mejor dicho, un juego desvergonzado, para fines comerciales, ó usando una frase común, para crear atmósfera. Espantosa me parece la caridad munífica de una casa de negocios insolvente. Me recuerda la observación de nuestro obispo (de Manchéster), que hay algunos hombres que edifican iglesias con parte de sus bienes mal adquiridos, para empedrar su camino del cielo. »

¿Quién no ha oído de las quiebras de bancos originadas por el juego y el fraude, con el resultado de fortunas perdidas y vicisitudes de familia en todas las clases de tenedores de

acciones? Dice Schiller: « Es atrevido el hecho de apropiarse ilícitamente un millón, pero es grande é inconmensurable robarse una corona; el pecado parece disminuir en proporción del aumento del delito. » Sin embargo, la apropiación ilícita de algunos millones no ha sido considerada como cosa extraordinaria en estos últimos años. Ha habido dinero que se ha tomado de los depósitos de bancos para comprar acciones de ferrocarriles, ó para comprar tierras en alguna lejana colonia, terminando frecuentemente en una caída ruinosa la especulación á favor de una alza. Entonces *quebró el banco* y vino la caída, concluyendo en la ruina y la desolación de mil familias. Hubo hombres que enloquecieron, y mujeres que oraban por ser libradas de sus existencias.

Pity us, God! there are five of us here,  
With threescore year, on the youngest head.  
Five of us sitting in sorrow and fear —  
Well for our widowed one she is dead.  
Could they not wait awhile? we whill not keep them long;  
We could live on so little, too, cheerful and brave,  
But to leave the old house, where old memories throng,  
For the Poorhouse! oh! rather the peace of grave!<sup>1</sup>

1. « Compadeceos de nosotras, ¡oh Dios! aquí estamos cinco, teniendo la menor lo menos sesenta años de edad, somos cinco que estamos envueltas en dolor y desesperación. — ¡Cuán afortunada ha sido la que era viuda, pues ha muerto! ¿No podían haber esperado un poco más? no los hubiéramos hecho aguardar mucho tiempo. Además, ¡podíamos vivir contentas y bien con tan poco, pero tener que abandonar nuestro viejo hogar, donde se agolpan tantos recuerdos antiguos, por el asilo de mendigos! ¡Oh, más vale la paz de la tumbal. »

El doctor Wálter C. Smith, autor de estas líneas, se presentó en una asamblea, en Edimburgo, y dijo que había recibido un gran número de cartas sobre este asunto (la quiebra del banco), y algunos de los corresponsales le preguntaban cómo podía ser « un hombre convertido », al ver que hacia tanta bulla sobre el lucro sucio. La calamidad de que se trataba implicaba desgraciadamente grandísimas congojas á sus semejantes, y que por su parte no tenía gran simpatía por una religión que tenía tan poca simpatía con el sufrimiento de sus hermanos. Estaba avergonzado de que semejantes fraudes hubieran sido llevados á cabo entre ellos por hombres de confianza, pero que esperaba que su querida patria saldría de la triste obscuridad con su honra sin mancha, y que entraría en una carrera de activo trabajo con una atmósfera más pura y sana que antes. Fué preguntado si era un caso cierto el de

Hombres que ya son ricos, pero que se apuran por ser más ricos aún, se lanzan en desenfundadas especulaciones con la mira de hacer dinero más rápidamente que antes. ¿Con qué resultado? Sólo para desembarcarlos en irremediable bancarrota. Hay muchos casos que pueden probarlo. Un banquero rico de Tipperary — radical y demagogo — se hizo elegir para el Parlamento, y andando el tiempo, y para aquietarlo, se le hizo lord del tesoro. Parecía que brillaba ante sus ojos una corona de honor. Pero en esto sufrió un desengaño. Se había embarcado en ferrocarriles italianos, americanos y españoles, y perdió mucho. Entonces principió á falsificar documentos, escrituras de traspaso, letras por cientos de miles de libras esterlinas. Sus proyectos hábiles, pero sin principios de honradez, fracasaron completamente; sus letras no fueron aceptadas; su ruina era inminente. Tarde de la noche entró en su escritorio, y sacó de allí un frasco de ácido prúsico. Caminó hasta Hampstead Heath, bebió el veneno, y murió.

¡Qué escenas hubo en las calles Thurles y Tipperary después que se anunció su muerte! Ancianos llorando y lamentándose de la pérdida de todo, viudas de rodillas en el suelo y preguntado á Dios si podía ser cierto que para siempre hubieran sido sumidas en la mendicidad. Y era verdad, sin embargo. El banquero y lord del tesoro había perdido el último chelín de su banco, y metídose de un fraude en otro mucho mayor, para rehacerse de sus pérdidas, lo que sólo sirvió para echar sobre los que le rodeaban una ruina mayor y más irremediable.

Una de las últimas cartas que escribió fué á su primo. Decía: « ¡Á qué infamia he llegado paso á paso, apilando crimen sobre crimen! ¡Soy causa de la ruina, de la miseria, y de la desdicha de millares! ¡Oh! ¡cuánto lo siento por aquellos

las cinco hermanas ancianas, que muchos habían leído. Era un caso real y verdadero, y que jamás podría olvidar el momento en que vió por primera vez á esas señoras, nueve días después de haber quebrado el banco. Durante ese tiempo no se había guisado ninguna comida en aquella casa, sus ropas no se las habían sacado de sus cuerpos, y ni siquiera se habían acostado, tan aturdidas y aterradas estaban, esperanzadas vagamente de que el buen Dios vendría y las libraba del mal que las amenazaba.

sobre quienes debe caer esta ruina! Podría soportar cualquier castigo, pero no podría soportar la vista de sus sufrimientos. Es mejor que no viva. ¡Ah! ¡ojalá que nunca hubiera salido de Irlanda! ¡Oh! si hubiera resistido las primeras intenciones de meterme en especulaciones! Hubiera sido entonces lo que era, honrado y digno. Ahora lloro constantemente, pero ¿de qué puede servir eso<sup>1</sup>? »

Las naciones, lo mismo que los individuos, pueden dejar de ser honradas. Su condición tiene que ser medida por el estado de sus *tres por ciento*. España, Grecia y Turquía están afectadas en el mundo comercial: España fué muerta por sus riquezas. El oro con que se inundaba España de sus conquistadas colonias en la América del Sur, degradaron á su pueblo, y lo hizo indolente y holgazán. En nuestros días un español se

1. « Este innoble amor por la holganza y el placer, dijo el obispo de Peterborough, la degradante adoración de la riqueza; los desmoralizadores fraudes y picardías que provienen del desordenado deseo de poseerla; el descabellado derroche del lujo que muy á menudo sigue su posesión; la impudencia del vicio que, engreída con orgullo y abundancia de pan, ya no condesciende á pagar á la virtud ni aun el tributo de la hipocresía, el bajo cinismo que aleja con el desprecio todos aquellos pensamientos mejores y propósitos más elevados que son el mismo aliento de la vida más noble de una nación; y, emanando de éstos, la lucha de los intereses, la lucha de las clases ensanchándose y profundizándose día por día, como el egoísmo envidioso de la pobreza se levanta en reacción natural contra el egoísmo fastuoso de la riqueza; el odio torpe y desesperado con que llegan al fin á ver todo el orden social aquellos que quieren y que no tienen, que les parece que no es más que un plan vasto para su opresión, los estrafalarios sueños de cambio revolucionario que ha de dar á todos por igual, sin el trabajo de la labor y de la abnegación, estos goces que ahora son la privilegiada propiedad de los menos, porque los más anhelan poseer con un deseo amargo y persistente: éstas son algunas de las semillas del mal que, sembradas en nuestro mismo suelo y por nuestras mismas manos, pueden algún día levantarse como un inmenso ejército, á quien se debe temer más que á las huestes invasoras de algún enemigo extranjero. El relumbrar y el brillo de nuestra civilización moderna podrá ocultar esto á nuestra vista por algún tiempo; podremos dejar de ver cómo se secan en su atmósfera calentada algunos de los más valiosos elementos de nuestra grandeza nacional, ó las cosas malas que crecen para madurar en las sombras oscuras que arroja, pero con todo, allí están, y si no los atendemos y no los reformamos, puede llegar el día en que deseemos que la disciplina severa y templadora de la guerra — aun más, hasta las terribles pruebas y calamidades de la derrota — nos hubieran visitado á tiempo para salvarnos de horrores más grandes, engendrados y alimentados por nuestras mismas culpas en los tiempos de la abundancia y de la paz más profundas. »

ruboriza del trabajo; no se ruborizará si tiene que mendigar<sup>1</sup>. Grecia ha repudiado sus deudas por muchos años. Al igual de Turquía, no tiene con qué pagar. Todos los trabajos de la industria son hechos por extranjeros en esos países.

Muchas cosas mejores podían haberse esperado de Pensylvania y los demás Estados americanos que repudiaron sus deudas hace muchos años. Éstos eran Estados ricos, y el dinero pedido prestado á Europa los hizo más ricos, abriéndoles caminos, y construyendo canales para beneficio del pueblo. El reverendo Sidney Smith, que prestó su dinero, « los ahorros de las ganancias hechas con dificultad y privaciones durante toda su vida, » dió á conocer al mundo su pérdida. Dirigió una protesta al congreso de Washington, que después publicó. « Los americanos, decía, que se jactan de haber mejorado las instituciones del viejo mundo, han igualado por lo menos sus crímenes. Una gran nación, después de haber pisoteado toda tiranía terrestre, se ha hecho culpable de un fraude tan grande como el que jamás haya deshonrado al peor de los reyes de la más degradada nación de Europa. »

El Estado de Illinois obró noblemente, aunque era pobre. Había pedido dinero prestado lo mismo que Pensylvania, con objeto de llevar á cabo mejoras interiores. Cuando los habitantes de Pensylvania dieron el ejemplo de repudiar sus deu-

1. Ya hemos protestado en otro libro, *El Ahorro*, contra ciertas injustas indicaciones de Mr. Smiles relativas á España; no tenemos, por consiguiente, que repetir aquí nuestros argumentos, pero no podemos permitir que circule como moneda corriente un error tan grave como el de comparar el crédito público de España con el de otros Estados que en vez de adelantar, á pesar de los *desinteresados* y sabios consejos de Inglaterra, han tenido la desgracia de llegar á una decadencia de todos conocida.

Nadie puede negar la influencia de Inglaterra en Atenas y en Constantinopla, sin embargo, no ha sido suficiente para que Grecia y Turquía paguen los intereses de su deuda. España paga con puntualidad absoluta sus cupones, y el 4 por 100 exterior español se cotiza en las Bolsas europeas á 76 ó 77, mientras, que el 5 por 100 turco vale de 14 á 15.

Los hombres de Estado españoles se ocupan con preferencia especial en sostener á la mayor altura posible el crédito público, y preciso el reconocer que durante los últimos veinte años España ha ganado mucho en ese concepto.

(N. del T.)

das, muchos de los Estados pobres querían seguir sus huellas. Como cada propietario tenía un voto, era fácil repudiar sus deudas, si no hubiesen sido íntegros. Reunióse una convención en Springfield, capital del Estado, y el proyecto de negación fué presentado á la asamblea. Iba á ser adoptado, cuando fué impedido por un hombre honrado. Esteban A. Douglas (permítid que sea mencionado su honrado nombre) estaba enfermo, en cama, en su hotel, y quiso ser llevado á la convención. Fué conducido sobre un colchón, pues estaba demasiado enfermo para poder caminar. Acostado de espaldas escribió la siguiente resolución, que presentó en substitución del proyecto de repudiación:

« Se decreta que Illinois quiere ser honrado, aunque jamás pueda pagar un centavo. »

La resolución conmovió el sentimiento honrado de los miembros de la convención. Fué adoptada con entusiasmo. Dió un golpe mortal al sistema de repudiación. Inmediatamente subieron las acciones de los canales. Fluyeron al Estado el capital y la emigración, y el Illinois es ahora uno de los Estados más florecientes de América. Tiene más millas de ferrocarriles que cualquiera otro de los Estados. Sus vastas praderas son una inmensa sementera de granos, y están pobladas de centenares de miles de tranquilos y felices hogares. Esto es lo que hace la honradez.

La verdad es que nos estamos volviendo muy egoístas. Pensamos en nosotros mismos muchísimo más que en los otros. Cuanto más consagrados al placer, tanto menos pensamos en nuestros semejantes. Las personas egoístas son impenetrables para las necesidades de los demás, y ningún arma las puede atravesar, ya sea de miseria ó de necesidad. Sus sentidos están abiertos únicamente para aquellos que pueden contribuir á sus placeres. « Hay hombres, dice san Crisóstomo, que parecen haber venido al mundo sólo para el placer, y para que puedan engordar este cuerpo perecedero... Á la vista de sus exuberantes mesas se retiran los ángeles — Dios es ofendido — los demonios se

deleitan, los hombres virtuosos se disgustan, y hasta los virtuosos se mofan y se rien... Los hombres justos que ya han pasado antes que nosotros, dejaban las suntuosas fiestas á los tiranos y para los hombres enriquecidos por el crimen, que eran el azote del mundo. »

Ya no sabemos cómo vivir con poco. El hombre tiene que vivir con lujo en torno suyo. Y sin embargo, la vida de un hombre no consiste en la abundancia de las cosas que posee; debe vivir honradamente aunque sea pobre. Desprendimiento de lo superfluo, y hasta falta de lo relativamente necesario, es el camino real para la abnegación cristiana, lo mismo que para la antigua fuerza de carácter. Lo que más necesita nuestra época, es un hombre capaz de satisfacer todo deseo equitativo y que, sin embargo, esté satisfecho con poco. « Un gran corazón en una casa pequeña, dice Lacordaire, es lo que aquí abajo ha causado más impresión en mi corazón. ¡Feliz el hombre que ha sembrado lo bueno y lo verdadero; no le ha de faltar la cosecha! »

He aquí un bello ejemplo de honradez y rectitud por parte de un pobre labrador alemán. Bernardino de Saint-Pierre ha referido esta historia en sus *Études de la Nature*. Servía éste como ingeniero á las órdenes del conde de Saint-Germain, durante su campaña en la Hesse, en 1760. Por primera vez trababa conocimiento con los horrores de la guerra. Cada día pasaba por aldeas saqueadas y campos y alquerías assoladas. Huían llorando los hombres, las mujeres y los niños de sus chozas. Por todas partes se veían hombres armados que destruían el fruto de sus labores, considerándolo como parte de su gloria. Pero en medio de tantos actos de crueldad, sintióse consolado Saint-Pierre por un rasgo sublime de carácter, manifestado por un pobre campesino cuya choza y alquería estaban en el camino del ejército que avanzaba.

Se ordenó á un capitán de dragones que marchara con su compañía en busca de forraje. Llegaron á una pobre choza y llamaron á la puerta. Apareció un anciano de barba blanca. « Conducidme á un campo. » — el oficial, donde pueda obtener

forraje para mi compañía. — Inmediatamente, señor, — contestó el anciano. Púsose á su cabeza y subió el valle. Como media hora después de marchar, estaba á la vista un hermoso campo de cebada. « Éste llena mi propósito admirablemente, dijo el oficial. No, replicó el anciano, esperad un poco, y todo quedará bien. » Continuaron la marcha hasta que llegaron á otro campo de cebada. Desmontó la compañía, segó el grano, y atándolo en mazos, volvieron á montar á caballo. « Amigo, dijo el oficial, ¿por qué nos habéis traído tan lejos? El primer campo de cebada que vimos era tan bueno como éste. Es muy cierto, contestó el campesino, pero no era *mí* »

## CAPÍTULO IV

## Hombres que no pueden ser comprados.

Tú mismo tienes que ser honrado, si quieres enseñar la verdad; vive honestamente, y tu vida será un credo grande y noble.

Es muy bueno el mundo en que vivimos para prestar, ó gastar, ó dar en él; pero para suplicar, ó pedir prestado, ó para obtener lo que pertenece á otro, es el peor de los mundos que jamás se haya conocido. — BULWER LYTTON <sup>1</sup>.

El buen nombre en el hombre y en la mujer, mi estimado señor, es la joya más inmediata de sus almas: quien me roba mi dinero, roba cosa de escasa entidad ó valor, casi nada; era mío, es suyo, y ha sido esclavo de miles; pero aquel que me hurta mi buen nombre, me roba lo que á él no le enriquece, y me hace pobre realmente. — SHAKESPEARE <sup>2</sup>.

El honor vale más que el dinero. — *Proverbe français* <sup>3</sup>.

Primero, hay hombres que *pueden* ser comprados. Existen innumerables bribones que están dispuestos á vender sus cuerpos

1. Thou must be brave thyself,  
If thou the truth would teach;  
Live truly, and thy life shall be  
A great and noble creed.  
'Tis a very good world we live in,  
To lend, or to spend, or to give in;  
But to beg, or to borrow, or get a man's own,  
'Tis the very worst world that ever was known.

BULWER LYTTON.

2. God name in man and woman, dear my lord,  
Is the immediate jewel of their souls:  
Who steals my purse, steals trash; 'tis something nothing;  
'Twas mine, 'tis his, and has been slave to thousands;  
But he that filches from me my good name,  
Robs me of that which not enriches him,  
And makes me poor indeed. — SHAKESPEARE.

3. L'honneur vaut mieux que l'argent. — *Proverbe français*.